DE LA SÍFILIS AL SIDA: ALGUNAS REFLEXIONES

Janine Incardona

Universitat de València

ESTA comunicación hablará de hombres y de enfermedades. Se trata ante todo de una reflexión, una reflexión que no pretende aportar en ningún momento verdades absolutas y menos aún conclusiones cerradas. Hablaremos pues de algunas enfermedades y de las reacciones de los hombres frente a ellas.

El Sida... Esa enfermedad de transmisión sexual que tiene un carácter epidémico y cuya curación no está todavía a nuestro alcance.

Esa enfermedad que se desarrolla en un contexto donde el hombre, por lo menos el hombre occidental, vivía sin miedo a las epidemias ya que éstas parecían dominadas, curadas y hasta olvidadas.

El Sida es un tema doloroso, un tema candente: miles de personas mueren de esta enfermedad aparecida, o por lo menos diagnosticada, en este fin de siglo. Una enfermedad que crea un sentimiento de rabia, de impotencia... y ese sentimiento de impotencia, de rabia no nace sólo de su carácter, hasta ahora, ineluctable. Nace también del rechazo social que, en demasiados casos, acompaña esta enfermedad.

Y es aquí cuando, a mi modo de ver, interviene el concepto de cultura, concepto sobre el cual me parece importante detenemos unos instantes.

Porque la cultura no es sólo un patrimonio de conocimientos y de valores en relación a obras literarias, filosóficas o artísticas. El concepto de cultura va mucho más allá y supera esta definición restringida y restrictiva que se refiere casi exclusivamente a producciones intelectuales, permítanme utilizar la misma expresión que Vincent Milliot,¹ producciones intelectuales de «alto vuelo».

El concepto de cultura puede considerarse de manera mucho más amplia si nos referimos a la historia de los individuos y de los grupos sociales mediante sus múltiples manifestaciones como, por ejemplo, el idioma, los códigos que rigen la vida colectiva o el entorno material de la vida cotidiana. Es decir que para entender la cultura de un determinado país o pueblo en una determinada época conviene entender la lógica de los comportamientos colectivos, comportamientos que caracterizan las visiones del mundo y la organización de la vida social que se basan, a su vez, en unos determinados valores.

Esta concepción de la «cultura» remite por supuesto a las nociones de «mentalidades» o de «sensibilidades». Por eso mismo, el estudioso, cuando examina hechos alejados de él –sea geográfica, temporal o temáticamente– debe aprender a desconfiar de sus propios va-

¹ Vincent Milliot, *Cultures, sensibilités et société dans la France d'Ancien Régime*, Nathan Université, "Histoire 128", Paris, 1996. La reflexión que propongo a continuación sobre el concepto de cultura se basa fundamentalmente en esta obra.

lores condicionados por una visión del mundo propia de su época, de su país, de su estatus, etc...

Desde esta óptica, la actitud frente a los enfermos de Sida puede considerarse como un hecho cultural ya que se trata de una reacción colectiva.

Si nos asomamos a la historia de la humanidad en cuanto a enfermedades se refiere vemos cómo algunas enfermedades, que hoy en día ya tienen curación o han desaparecido por completo, provocaron también en su tiempo reacciones de todo tipo entre las cuales el miedo y el rechazo social.

No pretendemos, por supuesto, pasar en revista todas las enfermedades, cosa que de todos modos sería materialmente imposible en estas sesiones, sin embargo me parece interesante y necesario reflexionar sobre la relación del hombre con la enfermedad, relación que se manifiesta en general a través del miedo y del rechazo social.

Según el estudio de J. Ruffié y J. C. Sournia respecto a las evoluciones de las ideas médicas,² dos concepciones de la enfermedad, concepciones fundamentales y opuestas, prevalecen desde los albores de la historia hasta nuestros días.

Una de estas dos concepciones, la más razonable, pertenece al orden de lo racional y de lo pragmático.

Esta concepción se daba ya en el Egipto antiguo donde los dioses no son ajenos a la enfermedad en cuanto tienen un papel positivo en el proceso de curación del enfermo. Por otra parte, parece ser que la medicina de observación empieza ya en el Antiguo Egipto cuando los médicos egipcios reconocían una causa objetiva a la enfermedad.

Una causa... La causa... Desde siempre, el hombre ha intentado dar una explicación a todo cuanto le rodea. Pero, al sentirse superado por algunos fenómenos naturales, sean buenos o malos, el hombre no tenía otro remedio que acudir a una causa no objetiva, una causa sobrenatural, es decir una causa sagrada, una causa divina establecida como el principio de todo (entiéndase el término principio como comienzo de algo y sobre todo como verdad o idea que sirve de fundamento a otras ideas).

Esta búsqueda de la causalidad generó el carácter religioso y culpabilizante que se le atribuye muchas veces a la enfermedad. Según Ruffié y Sournia, el origen de este carácter culpabilizante sería anterior al judeo-cristianismo ya que los textos más antiguos de Mesopotamia vinculan la enfermedad a la voluntad de los dioses o de otras divinidades como los genios. Los dioses castigaban una infracción, un sacrilegio, mediante la enfermedad. Así, antes de curar al enfermo, era necesario primero encontrar la falta y luego castigar dicha falta. A esa lógica del castigo se añade una valoración moral del enfermo ya que se considera la enfermedad como una mancha, una impureza —el enfermo está mancillado tanto física como moralmente—. Esta concepción de la enfermedad no es para nada ajena a la civilización judeo-cristiana que considera la enfermedad como un castigo de Dios.

Quisiera ilustrar estas afirmaciones con dos ejemplos que leeré a continuación:

Habló Dios a Moisés y le dijo: «Yo soy Yahveh. [...] Y ahora, al oír el gemitido de los israelitas, reducidos a esclavitud por los egipcios, he recordado mi alianza. [...] Yo os libtaré de los duros trabajos de los egipcios, os libraré de su esclavitud y os salvaré con brazo tenso y castigos grandes. Yo os haré mi pueblo.» Ex. 6, 2-7.

Y sucedió que, a media noche, Yahveh hirió en el país de Egipto a todos los primogénitos [...] hubo grande alarido en Egipto, porque no había casa donde no hubiese un muerto.

² J. Ruffié, J. C. Sournia, *Les épidémies dans l'histoire de l'homme, de la Peste au Sida*, Flammarion, "Nouvelle Bibliothèque Scientifique", Paris, 1993, pp. 265-266.

Llamó Faraón a Moisés y a Aarón, durante la noche y les dijo. «Levantaos y salid de en medio de mi pueblo, vosotros y los israelitas, e id a dar culto a Yaveh, como habéis dicho.» Ex. 12, 29-31.

Esta cita del Antiguo Testamento se refiere a la décima plaga de Egipto, plaga que los historiadores identifican con la peste. Aquí, una religión equivocada, un comportamiento equivocado atrae el castigo de Dios mediante la enfermedad.

El segundo ejemplo que propongo pertenece al Evangelio según san Marcos:

Y le vienen a traer a un paralítico llevado entre cuatro [...]. Viendo Jesús la fe de ellos, dice al paralítico: «Hijo, tus pecados te son perdonados.» Estaban allí sentados algunos escribas que pensaban en sus corazones: «¿Por qué éste habla así? Está blasfemando. ¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios sólo?» Pero, al instante, conociendo Jesús en su espíritu lo que ellos pensaban en su interior, les dice: «¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate, toma tu camilla y anda?” Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados –dice al paralítico–: “A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.”» Mc. 2,5.

Esta cita nos muestra claramente cómo la enfermedad, en la religión y el pensamiento cristianos, está en relación con la noción de pecado, de falta.

A lo largo de la historia, numerosas son las enfermedades, epidémicas o no, consideradas como castigo de Dios. Podríamos tomar como ejemplo la lepra. En efecto, en la Edad Media, esta enfermedad se consideraba como un castigo divino a la lujuria. La lujuria, ese apetito inmoderado y desordenado por la carne, por los placeres sexuales, en resumen, la lujuria, uno de los siete pecados capitales. Así, hombres e Iglesia se hacían los intérpretes de la voluntad divina al despreciar y al excluir a los leprosos³ en las leproserías.

La enfermedad como indicio, como señal, como marca del pecado... La sexualidad entendida como pecado... Todos estos juicios de valores, vigentes en los tiempos bíblicos o en la Edad Media nos resultan sin embargo muy actuales, demasiado actuales.

Después de este pequeño recorrido, quisiera dirigir nuestra atención hacia la sífilis. A continuación, intentaré poner de relieve unos datos que recuerdan extrañamente algunas de las circunstancias que rodean el Sida.

SÍNTOMAS Y EVOLUCIÓN DE LA SÍFILIS

La sífilis se transmite por vía sexual. Hoy en día, debido al avance de las técnicas, existe también la posibilidad de un contagio por otras vías como, por ejemplo, a través de transfusiones.

Si no se trata, la sífilis conoce tres estadios.

Muy brevemente podemos decir que el estadio primario aparece un mes después del contagio y se manifiesta por un chancro (una úlcera) en el lugar del contacto. Este periodo dura unas pocas semanas (hasta seis).

El segundo periodo tiene una duración mayor, de uno a dos años. Aparecen en todo el cuerpo lesiones cutáneas muy contagiosas.

³ J. Ruffié & J.C. Sourmia, op. cit., p. 159.

El estadio terciario se manifiesta por un periodo de latencia, una especie de pausa en las manifestaciones que puede durar varios años (incluso veinte años). Luego, pueden aparecer unas lesiones cutáneas, viscerales y óseas muy graves. La víctima puede también quedar ciega y si el sistema nervioso resulta afectado, una especie de parálisis o la demencia aparecen provocando una muerte más o menos rápida.

Pero, desde que se emplea la penicilina, el último periodo, el terciario, es muy raro.

Las manifestaciones⁴ de la sífilis a lo largo de los siglos xv y xvi fueron espectaculares, exuberantes ya que transformaban a sus víctimas en seres repelentes y roídos por el mal: el cuerpo se cubría de llagas pútridas y de tumores purulentos.

LA PROBLEMÁTICA DEL ORIGEN DE LA SÍFILIS: EL NOMBRE

Antes de atribuirle nombre científico, se conoce a la sífilis como mal francés o gálico, mal español, mal de Nápoles o también mal de Las Indias.

Por ejemplo, para los franceses, el mal, triste recuerdo de las Guerras de Italia, viene de Nápoles. En *La Lozana Andaluza*,⁵ obra de Francisco Delicado publicada en 1528, aparecen las expresiones «cuando vino el mal de Francia» (mamotreto XII), «el mal que [...] les viene de Nápoles» (mamotreto XXIV). El escritor italiano Pietro Aretino⁶ habla del mal francés.

En cuanto al nombre científico de la enfermedad, tiene origen literario ya que se debe a un poema en latín cuyo protagonista Syphilus contrae esta enfermedad venérea. El poema fue compuesto por el gran médico italiano, Girolamo Fracastoro, en 1530 y se titula “Syphilis sive de morbo gallico” (es decir, Sífilis o el mal francés –como lo podemos ver, para el médico italiano, el origen de la sífilis también era francés).

Para situar mejor el personaje, diré que Fracastoro fue médico del Concilio de Trento y escribió en 1546 un tratado *De contagione et contagiosis morbis* en el que exponía sus teorías respecto al contagio y a las enfermedades contagiosas.

Por otra parte, este poema relaciona directamente la enfermedad con el amor, si consideramos que el nombre del protagonista podría tener su origen en Sipylyus, uno de los numerosos personajes de *Las Metamorfosis* de Ovidio (VI, 231), el poeta del amor.

LA PROBLEMÁTICA DEL ORIGEN DE LA SÍFILIS: FECHAS Y LUGARES

Hoy en día, la idea más difundida sobre la sífilis es que hizo su aparición en Europa a finales del siglo xv a raíz del descubrimiento de América por Cristóbal Colón. Sin embargo, según investigaciones recientes es probable que la sífilis existiera ya en la Antigüedad o en otro continente, Asia.

De todos modos, algunos contemporáneos establecieron una relación entre la vuelta de América en 1493 y el principio de la epidemia. Las mujeres indias serían las responsables de la transmisión de la enfermedad a los hombres de Colón.

⁴ Voir Robert Mandrou, *Introduction à la France Moderne*, pp. 60-61.

⁵ Francisco Delicado, *La Lozana Andaluza*, Edición de Claude Allaigre, Cátedra, “Letras Hispánicas”, Madrid, 1985.

⁶ Pedro Aretino, *Coloquio de las Damas*, Editorial Agata, 1994, p. 54.

Frente a esta problemática, Anne-Marie Moulin y Robert Delort⁷ proponen una cronología clara: en los años 1493-1495 hubo en Occidente una gran pandemia. Uno de los componentes de esta pandemia, por no decir el único, fue la sífilis. De hecho, se han podido identificar los síntomas de la pandemia con la enfermedad descrita por Girolamo Fracastoro.

Todo empezaría en Barcelona donde, al final del año 1493, brotó una enfermedad venérea epidémica, eruptiva, de evolución aguda y muy a menudo mortal.

Luego, en el sitio de Nápoles, en 1495, se encontraron italianos, franceses y españoles. Fue a raíz de este sitio que la enfermedad se extendió por toda Europa. Soldados y prostitutas propagaron la sífilis. Muchos de los soldados que sobrevivieron a la guerra volvieron a sus países respectivos (Francia, España, Alemania, Suiza) cubiertos de llagas y tumores.

En los primeros años, la sífilis hizo estragos en la población. Luego, la enfermedad se fue debilitando y dejó de matar. El hombre tuvo que convivir con ella y aceptar por ejemplo el hundimiento de la nariz, del paladar o las deformaciones de brazos y piernas. Encontramos en *La Lozana Andaluza* un ejemplo literario del hundimiento de nariz como marca de la enfermedad.

ALGUNOS JUICIOS MORALES

Pero, volvamos a la problemática del nombre. Esta sería meramente anecdótica si no delatará el deseo de buscar el origen, la causa del mal es decir, en definitiva, un culpable. En efecto, una enfermedad hasta entonces desconocida, repugnante y que encima se contagia por contacto sexual tenía que venir del exterior, tenía que tener origen y nombre extranjeros.

Pero sigamos con los juicios morales en relación con el origen del mal y veremos cómo, según Anne-Marie Moulin y Robert Delort, la fascinación que ejercía América sobre los habitantes de Europa hizo que la Iglesia utilizara argumentos culpabilizantes respecto a la enfermedad y sus orígenes. La Iglesia se mostraba entonces temerosa de que sus fieles desearan una nueva moral. Y ya se sabe, la mejor profilaxia es la continencia.

No olvidemos que contraer una enfermedad sexual es el indicio, la prueba de la infracción a las reglas de la Iglesia acerca de la castidad antes del matrimonio o acerca de la fidelidad después de éste.

Por otra parte, se sabe que en el siglo XVII⁸ los Borbones no dudaban en tachar a los Valois del siglo anterior de degenerados y de sífilíticos. Argumento que debía servir para resaltar el progreso, la fuerza y la virtud que representaba para Francia la dinastía de los Borbones.

CONCLUSIÓN

Antes de concluir, quisiera resumir este pequeño recorrido a través del tiempo por una cita que relaciona sin la menor duda, sífilis, inmoralidad y castigo divino. Se trata del pró-

⁷ Anne-Marie Moulin y Robert Delort, «Syphilis : le mal américain ?», in *Amour et sexualité en Occident*, Introduction de Georges Duby, Editions du Seuil, 1991, pp. 271-283.

⁸ J. Ruffié & J.C. Sourmia, op. cit., p. 190.

logo del traductor al español, Fernán Juárez, de los *Raggionamenti* de Pietro Aretino (obra que se basa en un diálogo entre dos prostitutas viejas y retiradas). En este prólogo, como es la costumbre, el traductor intenta atraer la benevolencia de sus lectores explicando sus intenciones o las del autor:

Bien creo, amado lector, que será necesario explicar las causas que me movieron no sólo a traducir en nuestra lengua este Coloquio, sino también haberlo encomendado a la imprenta y divulgarlo al público. Porque más parece cosa para, como dicen, echarle tierra, que para sacar a la luz tan abominable engendro corrompedor de todo lo saludable [...] Todavía más, cuando divulga (se refiere a la obra) tantos casos maliciosos, traiciones, engaños y torpezas feas. [...]

Si yo quisiera detenerme ahora a deplorar el corrompimiento tan grande, y el desenfreñamiento tan desvergonzado, y la torpeza tan bestial de nuestros tiempos[...]

Ahora, toda la carne ha corrompido su camino, y así, nuestro Dios ha traído sobre la tierra otro diluvio, no de agua, como cuando se abrieron las fuentes y abismos de la tierra [...] sino la plaga y dolencia no conocida por los antiguos, ni escrita por los médicos, echando cada nación la culpa de ella a las otras. El francés la llama dolencia española, el español la llama dolencia francesa, otros la llaman el mal de las Indias. Porque así como echamos nuestras culpas a otros, Adán a Eva y Eva a la serpiente, así achacamos el azote del pecado a otros. Pero como en realidad el pecado está en todos, así esta cruel enfermedad y diluvio de la Divina Justicia ha sido universalmente culpa de todos. Porque así como la carne inventa nuevas maneras de pecar, la Divina Justicia inventa nuevos azotes para afligirla y castigarla.⁹

¿Cuántas de estas afirmaciones fueron pronunciadas por algunos hombres de bien, y casi textualmente, acerca del Sida?

¿No nos topamos, hace unos años, en pleno siglo xx, reiteradamente, respecto al Sida, con esas mismas problemáticas de los siglos xv y xvi, esas problemáticas del origen, de la culpabilidad, esos juicios morales que he citado acerca de la sífilis?

Por desgracia, por muy orgulloso que esté de sus progresos científicos y médicos, por muy orgulloso que esté de sus avances técnicos, en cuanto a sus miedos, sobre todo frente a la enfermedad y frente a la muerte, el hombre tiene valores y juicios morales ancestrales.

¡Cuánto nos queda por recorrer!

⁹ Pedro Aretino, op. cit., pp. 5-8.